

# Eliminar el Ejército

Señor Director:

"Eliminar el Ejército" es el título de una carta suscripta por el Sr. Guillermo Vázquez Franco, a quien no conozco, pero al que me gustaría dirigirme para realizar algunas apreciaciones.

Las mismas me las permito hacer desde mi condición de ex militar, y actualmente como civil para el ambiente más cotidiano.

Son varios los asuntos sobre los que incursiona el corresponsal, por lo que contestar una a una sus consideraciones sería extenso.

Pero yendo a lo concreto, me gustaría comenzar por decir que solamente habiendo participado de la vida militar se pueden entender determinadas codificaciones, reglas o valores que son esencia de la actividad castrense.

Hay otras que todos aquellos con mente sana, lúcida y sin interferencias de sesgos ideologizados pueden comprender y compartir.

En el primer ejemplo, sólo en el ámbito militar, se puede entender y decodificar qué es lo que motiva a que alguien, por sólo escuchar el redoble de un tambor o las notas de un clarín, permanezca inmóvil y salude con devoción y respeto, cuando en un mástil se iza el pabellón nacional con los primeros destellos del sol.

Ese hecho, que para la mayoría de los ciudadanos puede suceder y pasar como una cosa intrascendente, tiene una significación de alta valoración para quien viste un uniforme, son esas cosas intangibles, que seguramente el citado corresponsal nunca comprenderá.

Entender y asimilar que cuando uno comete una falta debe ser sancionado, y a veces muy rigurosamente, sólo una formación de tipo militar puede dar la medida para comprenderlo en todos sus términos.

Pero en el segundo caso, cuando la ceguera no generó efectos, ni las formaciones o deformaciones sobre sistemas de razonamiento no han provocado estragos, se puede considerar y saber que si hay algo que está alejado de "lenguaje y postura aristocratizante", según el corresponsal de referencia, es nuestro Ejército.

Señor, nuestro Ejército Nacional ha sido formado desde sus máximas jerarquías, hasta sus más recientes y novatos aspirantes a soldados, por las capas medias y más humildes de la sociedad, prueba de ello es la composición de apellidos de sus cuadros de oficiales de todas las jerarquías, donde históricamente no han sobresalido nombres vinculados a grandes fortunas o capitales, todo lo contrario.

Generalmente seguir la *carrera* militar asegura tener un futuro lleno de sacrificio, brindar los mejores años de juventud a estudiar, prepararse y en un régimen de internado, saber que se perderán muchos fines de semana también, pasar frío, calor, hambre, sueño y demás, por alcanzar un título que inicia una carrera de servicios fundamentalmente, para la que obviamente no sobran vocaciones, ni se espera llegar a ser millonario.

Si ha habido apellidos ilustres, que engalanan nuestras *i* calles y avenidas, ha sido por otros méritos, difíciles de discernir y comprender para algunas personas.

Si vamos al personal de menor rango, allí es más elocuente, y tal vez difícil de descifrar, ya que nuestro Ejército, e incluiría a las restantes fuerzas y la Policía, se han nutrido históricamente del mismo tipo de gente con que contaron nuestros proceres, aquellos personajes que construyeron nuestra nacionalidad, o sea de los gauchos de tierra adentro, ciudadanos simples, muchos de los cuales no tuvieron ni la oportunidad de completar siquiera un mínimo nivel de estudios, pero que compensan esas carencias con un espíritu de sacrificio, lealtad, disposición y actitud hacia las causas superiores, que ninguna universidad es capaz de proporcionar.

Son esos mismos soldados que vemos en los cuadros de los museos, con los que hacemos discursos en los actos patrióticos y políticos para quedar bien, pero que en general se desconoce y no se valora, llegando aun simple y devaluado desprecio como demuestra el Sr. Vázquez Franco al hacer sus consideraciones sobre el Ejército.

Saltando varios párrafos de su carta, el señor hace alusión por allí en tono de pregunta, ¿quién necesitó o esperó alguna vez a un militar?

Debería hacer un alto, tomar aire, y luego intentar hilvanar una respuesta que pudiera satisfacer semejante interrogante, para corresponsal tan particular, tal vez un poco olvidadizo y enceguecido.

Si voy a la historia debería recordarle, desde la Batalla de Las Piedras, como hecho fundacional de nuestro Ejército, y anterior al propio Estado, o venir más aquí en el tiempo, incursionaren temas más polémicos, y mencionara las miles de personas comunes, que en los terribles años de la intentona tupamara por tomar el poder por medios violentos, según sus propios documentos, salían a la calle, aplaudían y victoreaban, cuando en sus barrios se descubrían células sediciosas que se escudaban en el anonimato de lo clandestino para cometer sus fechorías, ¿se acuerda de eso?, las autoridades legítimas de la época le ordenaron a las FF AA combatir a tales grupos, la gran mayoría de la sociedad requería y esperaba a los militares.

Podría apelar a los miles de servidores de las diferentes fuerzas que encontraron en su momento un ámbito laboral, y asimilaron también valores, principios y actitudes de bien, que han transportado durante su vida, más allá de haber dejado el ambiente militar.

Me iría fuera de fronteras y consultaría a miles de personas que en tierras lejanas han recibido el apoyo, la comprensión, el aliento y un hombro también donde llorar, de miles de uruguayos anónimos que han contribuido a llevar paz a países arrasados por crueles e incomprensibles dramas y guerras.

Recurriría a todos aquellos más pobres y desprotegidos de nuestra sociedad que esperan un refugio y un plato de comida caliente en los días más terribles, y a quienes atienden y alivian en su desesperanza, nuestro servicial y callado Ejército Nacional, a través, vaya paradoja, de sus más humildes servidores.

Necesitan y esperan un militar miles de familias, que viviendo inclusive en asentamientos y precarias viviendas, dependen de ese simple soldado que se entrena, hace guardias, saluda a la bandera todos los días, es fiel, leal,